

## PUNTO SEGUNDO.

VIRTUDES DE MARÍA DESPUÉS DE LA MUERTE DE SU DIVINO HIJO.

Quando se dió sepultura al cuerpo de Jesús, María se alejó del Calvario, retirándose á la casa del discípulo amado de su Hijo, sin buscar ni desear los vanos consuelos que el mundo trata de proporcionar á las personas afligidas. Sus verdaderos consuelos se los proporcionaron las maravillosas conversiones que siguieron inmediatamente al suplicio del Redentor; porque, no bien el sacrificio estuvo consumado, cuando la muchedumbre que á él había asistido, comenzó á golpearse el pecho en señal de que reconocía la inocencia de Aquel á quien se había hecho morir como un malvado. (LUC. XXIII, 47, 48). Al tercero día de sepultado el Salvador, éste resucitó por su propia virtud. ¿Y á quien debía aparecerse primero, H. M., sinó á su querida Madre, que por haber tomado la parte más viva en sus dolores, tan digna era de participar antes que nadie de la alegría de su triunfo sobre la muerte? A sus divinos ojos no podía costar trabajo alguno el reconocer á su Hijo, por más que éste se hallase en estado muy diferente de aquel en que le había visto durante su vida, y en el transcurso de su pasión. Gozad, Madre feliz y bienaventurada, de esa recompensa tan merecida, después de vuestras crueles amarguras y acerbos dolores. ¡Qué deliciosa debió ser esta entrevista del Salvador con su Madre y qué interés no tendrían sus palabras! Pero aquí hay que admirar de nuevo la discreción de María, que, no estando encargada de publicar la resurrección de su Hijo, dejó este cuidado á Magdalena y los Apóstoles, á quienes Jesucristo lo había ordenado de una manera terminante. El silencio de María en esta ocasión solemne enseña á las almas escogidas, á quienes el Señor favorece con sus más íntimas comunicaciones, á conservarlas ocultas en el santuario del corazón, sin manifestarlas, á no ser para mayor gloria del Altísimo, y sólo al pequeño número de personas que son capaces de conocer y juzgar estas maravillas, distinguiendo la verdad de lo que es puramente una ilusión de los sentidos.

Jesús se manifestó clara y distintamente á su Santísima Madre, durante los cuarenta días que permaneció aún en la tierra; pero llega al fin el momento de la dolorosa separación. María y los discípulos de Jesús acompañan á éste al monte de las Olivas, donde el Salvador da á todos sus divinos consejos, y se despide para volar al lado de su Eterno Padre. María recibe entonces las pruebas de su viva ternura, y Jesús, levantando las manos para bendecir á aquella asamblea, se separa de la tierra y se eleva majestuosamente hacia el Cielo. En aquel instante desaparece de las miradas de todos, y dos Angeles

anuncian que no se le volverá á ver hasta el fin del mundo cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos. María acaba de perder lo que más ama en la tierra, sin esperanzas de volver á verle ya en esta vida. Cuando el cuerpo de Jesús fué encerrado en el sepulcro, le quedaba al menos la certeza de que resucitaría y se mostraría á ella; pero ahora sabe ya que la ausencia durará tanto como su destierro entre los hombres, y que no volverá á encontrar á su Hijo sinó en la patria celestial. Sin embargo, su calma es completa y su resignación admirable. Sus labios no exhalan la más mínima queja, porque su hijo haya prolongado su destierro en el mundo, cuando tan merecidas tiene la gloria y las recompensas del Paraíso. Pocas madres, en el lugar de María, hubieran dejado de dar muestras de su profundo dolor. Aunque la madre de Tobías no había perdido enteramente la esperanza de volver á verle, dice la Escritura, nadie era capaz de detener el curso de sus lágrimas. «¡Hijo mío! exclamaba aquella madre, ¿porqué te hemos enviado á un tan largo viaje, á ti que eres la luz de nuestros ojos, el báculo de nuestra vejez y el consuelo de nuestra vida?» (TOB., x, 4). Aunque la pérdida que María experimenta es infinitamente mayor, consiente, sin embargo, en vivir separada de su Dios y de su Hijo, por todo el tiempo que éste quiera dilatar su ventura. No nos quejemos, pues, cuando el Señor se digne exigir de nosotros algun sacrificio: nunca podrán éstos ser comparables con los de María. Suframos con resignación las pruebas que nos envíe el Cielo, por amargas y duras que nos parezcan; que si Dios se aleja de nosotros por algunos instantes, es sólo para hacernos conocer mejor las dulzuras de su vuelta, y saborear luego con más placer los deleites de sus celestiales favores.

Desde el monte de las Olivas María se vuelve al instante al retiro del cenáculo, donde los discípulos de Jesús deben estar reunidos para recibir los dones del Espíritu Santo. Ella es, por decirlo así, el alma de aquella santa asamblea, por su fé viva y su fervor más que angélico. Al ver su recogimiento y su piedad, podría creerse que nadie tenía más necesidad que ella de las gracias celestiales; y, sin embargo, hasta los Angeles mismos envidian su santidad eminente y su perfección inexplicable. Pero cuanto más perfecta es, más empeño forma en adquirir perfecciones; porque tiene hambre y sed de justicia. El verdadero carácter de los que sinceramente son amigos de Dios, consiste en experimentar hacia la virtud un amor tanto más creciente, cuanto mayores son en ella sus progresos. Por el contrario, no hay señal más segura del mal estado de un alma que la confianza que ésta tiene en sus propios méritos, ó el verla tranquila en medio de su frialdad y su negligencia.

La Sagrada Escritura nada nos dice de la vida de María hasta la época de su venturosa muerte. Sólo el Discípulo amado, que no la abandonó un instante mientras vivió en el mundo, hubiera podido darnos detalles fijos sobre una vida tan bella como interesante; pero ella sin duda se opuso al deseo de su hijo adoptivo, queriendo que, en

el origen de la Iglesia, el mundo no se ocupase sinó del Redentor que ella le había dado. Su único deseo era permanecer, en lo posible, ignorada ú olvidada de todos, aunque sabía muy bien, como lo había predicho ya en su bello y sublime cántico, que más tarde todas las generaciones futuras celebrarían su dicha y la indemnizarían del silencio que por algún tiempo se hubiese guardado respecto de ella: *Beatam me dicent omnes generationes.* (LUC., I, 48). Mientras tanto, abrigaba el temor de que su nombre pudiese robar un átomo siquiera á la gloria de su Divino Hijo, con el cual su modestia no permitía que se la confundiese, lo cual era muy posible en una época en que reinaban aún las ideas de la idolatría, y hubieran podido predisponer los ánimos, y colocar á la madre á la misma altura que Aquel á quien había llevado en sus entrañas. Grande y elocuente lección que debe hacer temblar á esos espíritus temerarios y frívolos, que, en vez de atribuir y consagrar al Señor los dones que han recibido de su celestial munificencia, los emplean sólo en su daño.

Mas no por esto se crea que María era de todo punto indiferente á lo que pasaba en el mundo. Por una parte, veía con dolor la resistencia que algunos espíritus orgullosos oponían al establecimiento del reino de su Divino Hijo, á quien el Padre Omnipotente había dado por herencia el universo; y por otra, miraba con un consuelo indecible los maravillosos frutos del santo árbol de la Cruz. Iluminada por una luz sobrenatural, la comunicaba á los apóstoles sobre muchos puntos, que facilitaban el feliz éxito de su ministerio: *Multa ab apostolis per Mariam revelabantur*, dicen San Anselmo (*De Excel. Virg.*, c. 7) y el piadoso Ruperto: *In multis subobscuris arcanis mentes apostolorum illuminavit.* (*De gl. Fil. h.*, l. II). María era para la Iglesia naciente como un foco de doctrina y una escuela de la sabiduría más profunda: *Ecclesie et apostolorum doctrinam et sapientissimam magistram.* (Ans., *De Excel. Virg.*, c. 27). Ella excitaba el celo de los predicadores del Evangelio, indicándoles las armas con que debían atacar el paganismo, destruir los templos de los falsos dioses y hacer la fe poderosa y triunfante.

Después de esto, H. M., no nos admirarán los homenajes solemnes tributados á María en el Concilio general de Efeso (año 431): San Cirilo de Alejandría exclama allí, en nombre de los doscientos obispos que se habían reunido, procedentes de toda la cristiandad: «Yo os saludo, ¡oh Virgen! por quien la Santísima Trinidad es glorificada en todo el universo. *Salve, Virgo, per quam Sancta Trinitas in universo mundo glorificatur*; á quien el Cielo debe los transportes de alegría inspirados por los triunfos del Evangelio: *per quam cælum exultat*; por quien los hombres han llegado al conocimiento de la verdad: *per quam universa creatura ad veritatis cognitionem deducta est*; por quien los gentiles han sido excitados á la penitencia: *per quam gentes adducuntur ad penitentiam*; por quien los apóstoles han predicado la salvación á las naciones infieles: *per quam apostoli salutem gentibus predicaverunt.*»

Estos cristianos bellísimos pensamientos, expresados en medio de

una asamblea tan santa y venerable, nos indican, si queremos llamarnos con propiedad hijos de María, cuál ha de ser la verdadera fuente de nuestras penas y de nuestros consuelos, haciéndonos al mismo tiempo conocer la gran parte que esta gloriosísima Virgen ha tomado en la conversión del mundo.

Con razón puede decirse que la prolongación de sus días sobre la tierra fué un favor especial de la Providencia Divina, concedido á los Apóstoles, á los primeros fieles y á nosotros mismos.

Sin embargo, M. A. H., María, semejante al río caudaloso que, después de fertilizar el terreno que ha recorrido, entra y se pierde tranquilamente en el mar, del mismo modo llega al término de su gloriosa carrera, después de haber sido el ornamento más puro y el ejemplo más grande de edificación entre los hombres. ¡Cuán maravillosa, cuán santa y llena de virtudes fué la vida de esta gran Señora! Durante ella, se cumplió el más sublime é importante de todos los misterios: María concibió, parió y alimentó al Salvador del género humano; siguió sus pasos en el mundo recogiendo y guardando su doctrina, y presenció sus milagros, sus afrentas, sus dolores, su muerte y su resurrección triunfante, sin que su caridad, su fe, su piedad, su gratitud, su pureza, su humildad, su valor, su prudencia, su sumisión ni su celo se desmintiesen un solo instante. ¿Qué digo, desmentirse? Cada día que pasaba, en cada hora, en cada momento, adquirían en ella estas virtudes un grado de perfección que el hombre no podrá nunca comprender. Pero, al fin, era necesario que el Cielo poseyese el tesoro que por tanto tiempo había envidiado á la tierra; era ya indispensable que dejaran de resonar en el desierto de esta vida los tiernos gemidos de la casta é inocente tórtola, que ardía en deseos de salir de su cárcel terrenal para ir á reunirse para siempre al objeto de su amor. ¡Oh amor divino, sólo tu poder era bastante á quebrantar las cadenas de tan ilustre cautiva!

La muerte de María fué, más bien que muerte, un sueño apacible y tranquilo: de este modo pagó el único tributo que debía á la naturaleza. Pero bien pronto su cuerpo sagrado y puro, aquel cuerpo, instrumento de tantas virtudes y que no estaba sujeto á la común corrupción, fué á reunirse de nuevo á su alma santísima convertido en un cielo animado: *Corpus Mariæ cælum animatum*, dice Santo Tomas. Las leyes generales dadas á la materia desaparecen, y el que por algún tiempo fué vivo tabernáculo del Hijo de Dios, atravesando el espacio, voló á ocupar en la mansión celeste el trono de gloria que el Señor le tenía dispuesto.

Este discurso, M. A. H., llegaría á hacerse interminable, si tratase de describir ahora el triunfo de la Reina de los Angeles. Voy á concluir con las palabras de San Ambrosio, advirtiéndole que los consejos dirigidos por él á las vírgenes cristianas son aplicables á todos los hijos de la Iglesia. «Que la conducta de María, dice el Santo, sea la norma invariable de la vuestra: *Sit magistra disciplina.* ¡Oh, cuántas y cuán diferentes virtudes resplandecen en una sola Virgen! *Quantæ*

*in una Virgine virtutum species emicant!* ¡Qué placer será para ella el salir á vuestro encuentro, si seguís sus pasos! *¡O quantis illa virginibus occurret!* ¡Cuán presurosa tenderá los brazos á todos sus fieles imitadores, para conducirlos á la presencia del Señor! *¡Quantas complexa ad Dominum trahet!*

¡Ojalá, H. M., que merezcamos, por intercesión de María, nuestra dulcísima Madre, contarnos en el número de tan dichosos predestinados! Gracia que para todos deseo.

VILLECOURT.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Fe de María.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Esperanza de María.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Amor de María para con Dios.

CUARTA CONSIDERACIÓN.—Espíritu de oración de María.

*Beata quæ credidisti.*

Bienaventurada tú que creíste.

(Luc. I. 45.)

**D**ICE San Agustín, A. H. M., que, para alcanzar más fácilmente la protección de los Santos, es preciso practicar aquellas virtudes por que ellos hubiesen mostrado más predilección, con lo cual no podrán menos de rogar por nosotros. Esto mismo sucede también con María. Cuando llega á arrancar por el arrepentimiento un alma de las garras de Lucifer, es necesario que esta alma consagre todos sus esfuerzos á imitar á su libertadora, si quiere participar de sus gracias y enriquecerse con sus beneficios, que no es posible que se concedan á las almas ingratas é infieles. Esta es la razón por que María llama bienaventurados á los que de veras la sirven. Todos sabemos que, cuando se ama, se identifica uno, ó trata de identificarse en lo posible, con el objeto de su amor. Ahora bien; si amamos á María, procuremos imitarla, que, como nos dice San Jerónimo, es el medio más seguro de honrar á tan Divina Señora. Ricardo de San Lorenzo dice también que sólo tienen derecho á llamarse hijos de María los que tratan verdaderamente de arreglar su vida á la que Ella nos ofrece por modelo: «Los hijos de María son sus imitadores.» De todo lo cual deduce con razón San Bernardo, que el hijo debe imitar á su Madre si desea ser amado de Ella; porque viéndose honrada por él como verdadera Madre, de seguro le tratará como á un verdadero hijo.

AVE MARÍA.